

Kiosko argentino

Curioso destino el del filósofo alemán Karl Christian Krause. Borrado, en su tiempo y su patria, por las poderosas sombras de los grandes pensadores románticos (incluido Hegel), logró escapar a la crueldad de tales vecindades por el predicamento que sus libros fueron obteniendo en Bélgica, España y América Latina.

Dos series de trabajos colectivos recientes permiten recuperar, una vez más, aunque relativizándola, la herencia krausista, en su proyección americana: *El krausismo y su influencia en América Latina* (coordinado por Dieter Konecki por la Fundación Ebert y Teresa Rodríguez de Lecea por Fe y Secularidad, Madrid, 1989, 287 páginas) y *Orígenes de la democracia argentina. El trasfondo krausista*, compilado por Hugo Biagini (Legasa, Buenos Aires, 1989, 238 páginas).

Algunos intelectuales americanos conocían el krausismo francófono (Ahrens, Tiebergen) por las revistas eclécticas que leían Alberdi y otros desterrados antirrosistas, de modo que ya en los años 1840 se fue asociando a otras ideologías filosóficas que alimentaron un moderantismo naciente. Aquéllos eran un poco idealistas, un poco positivistas, luego ligeramente darwinianos y, algunos, un tanto socialistas. Saint-Simon, recaído y reformulado, llevaba a Krause y se llevaba bien con él.

De cualquier forma, las funciones del krausismo fueron distintas en España y en América, lo cual no impidió que los pensadores de la Institución Libre de Enseñanza fueran recibidos y estudiados en el subcontinente, sobre todo en materias de sociología y filosofía del derecho. En España, el krausismo fue un intento de laicizar el cristianismo, sustrayéndolo a la hegemonía de una Iglesia integrista y recalcitrante. En América, sirvió como ideología receptiva de la inmigración y como aglutinante de las burguesías y clases medias de nuevo cuño, que intentaban disputar el monopolio del poder a las oligarquías y caciquismos tradicionales. No es casual que la mayor fortuna del krausismo se diera en el Cono Sur (Argentina, Uruguay y Chile) dada la relevancia del aporte inmigratorio y los problemas de identidad y homogeneidad social que hubo planteado.

El krausismo era, en sí, bastante ecléctico como para sustituir una herencia filosófica inexistente y constituirse en filosofía de la integración social en comunidades de composición reciente y, por ello, inestable. Heredaba de la Ilustración el saber deísta (saber es, finalmente, saber del Ser Supremo) y del romanticismo, la concepción orgánica del espíritu. Propendía a una religiosidad universal, por encima de cleros e iglesias particulares,

y colocaba al Estado como receptor y protector de los inmigrantes, por medio de una política de bienestar, el fomento de la educación, atención a la oportunidad social del trabajo y la instrucción de las mujeres, estudio y defensa de la naturaleza, etcétera.

En la Argentina, concretamente, frente al difuso positivismo que dominó las primeras décadas del desarrollo (1860 en adelante), el surgimiento del movimiento radical enarboló la filosofía krausista como crítica moral a los excesos materialistas y fenicios de la oligarquía establecida. El krausismo entiende que el mundo es una construcción armónica, compuesta por todos los órdenes del ser y el conocer, y sometido a una idea natural del bien como supremo estado de la evolución humana hacia su culminación moral.

En este sentido, sirvió tanto al radicalismo argentino como al batllismo uruguayo y, en menor medida, al alessandrinismo chileno, en su cuestionamiento ético de una sociedad dominada por el espíritu de progreso material, competencia económica y lucro. La defensa de los valores morales intangibles como superiores a los crematísticos, el elogio de las pequeñas virtudes privadas y domésticas, el énfasis puesto en la educación escolar, figuran entre la panoplia de principios enarbolada por estos movimientos de clase media, pequeña burguesía y sectores universitarios de la entonces pujante América del Sur.

El eclecticismo antes apuntado hace que, como señalan las recientes investigaciones, deba hablarse de un krausopositivismo en el cual, sobre todo en materia pedagógica, se intentan conciliar las expectativas progresistas del darwinismo social y el evolucionismo con la orientación moral y finalista de la historia.

El libro de Hugo Biagini *Filosofía americana e identidad. El conflictivo caso argentino* (Eudeba, Buenos Aires, 1989, 342 páginas) se enlaza con los anteriormente reseñados en tanto incide, a través de artículos monográficos dedicados a autores diversos y puntuales, en el tema del reconocimiento identificador de la sociedad argentina, a partir de la primera promoción de intelectuales profesionales, la generación llamada de 1837.

Cabe, en materia tan profusa y, a veces, delirantemente abordada, señalar algunos rasgos que van perfilando la identidad histórica de los argentinos a partir de mediados del XIX: la escasa o nula incidencia de las raíces indígenas y la dominante situación y tarea organizativa de las ciudades sobre el conjunto social.

La meditación del tema va cambiando de tercio conforme pasan las épocas: entre los románticos, el desafío principal es desembarazarse de la tradición colonial, hispánica y retrógrada que simbolizan Fernando VII y la restauración absolutista, pero que se remonta a la España negra del siglo XVI. Luego, desde una perspectiva positivista, se trata de identificar al país como una sociedad europea, de raza blanca y dotada de las facultades de dominación y brío civilizador que se le atribuyen, frente a la herencia indolente del mestizo campesino, el gaucho.

En este momento, o sea a comienzos del siglo XX, cuando se impone en Europa el «mito argentino», del país próspero y con una población urbana refinada y europeizante, empiezan a florecer las opiniones de los «filósofos viajeros» acerca de la identidad argentina. Generalmente, al asombro que produce la rápida y espectacular producción de riqueza, se unen observaciones solapadas acerca de cuánto es real y cuánto es aparente en el país sureño. Ortega, Keyserling y otros avanzan sobre la meditación metafísica que, en los años treinta, desarrollarán Martínez Estrada y Mallea.

Nace un mito opuesto y complementario: el país a la expectativa, al acecho, engolfado en su «bahía de silencio», depositario de una promesa que aún no tiene fecha ni lugar, y que es motivo de advenio para Mallea y de catástrofe bárbara para Martínez Estrada. Los nacionalismos prosperan en esta encrucijada, la realización del destino nacional. Por fin, cabe preguntarse si el exceso de abstracción y de libertades literarias que caracterizan a los autores estudiados por Biagini no apuntan a una identidad fantasmática y desiderativa, algo que, por deseado e intocable, es materia de la divagación literaria más que de la precisión sociológica.

En todo caso, es útil recontar esta historia, porque de ella surgen pautas para pensar, históricamente, el imaginario argentino a partir de un sector socialmente muy recortado, como es el de sus intelectuales.

Con otros propósitos, supuestos y métodos, la *Historia social de la literatura argentina* que dirige David Viñas y que edita Contrapunto en Buenos Aires, aborda una materia similar. Fantasmas e historia se entrecruzan en la producción literaria argentina e intentan ser situados en su contexto social. La obra prevé cubrir catorce volúmenes, de los cuales aparece en 1989, el séptimo, hasta ahora el único publicado y que, con el subtítulo de *Yrigoyen entre Borges y Arlt*, cubre el período 1916-1930.

La obra crítica de Viñas es suficientemente extensa y perfilada como para que se la pueda situar en su contexto, según su misma propuesta. Es un investigador inexcusable para la evolución de la crítica argentina en la década del sesenta, junto a otros autores dedicados total o parcialmente al examen de la literatura nacional: Noé Jitrik, Juan José Sebrelli, Óscar Masotta, Adolfo Prieto, Ramón Alcalde. De algún modo, los nucleados por las revistas *Contorno* y *Centro* en los años cincuenta.

Esta obra puede ser la consolidación orgánica de la tarea de Viñas, hasta ahora dispersa en monografías y estudios parciales, de los que resaltan, por más ambiciosos, los dedicados a Gregorio de Laferrère y la crisis de la ciudad liberal, y a Armando Discepolo y el teatro del grotesco inmigratorio. En general, Viñas ha trabajado sobre dos ejes: el impacto de la inmigración en la sociedad argentina de 1880-1930, con un juego de apertura-repliegue de los intelectuales ante el mundo exterior, y las relaciones entre el escritor y la clase dominante, la nunca bien precisada oligarquía. Viñas, a partir de Sartre, imagina al intelectual como codiciado por el poder, no portador de un poder específico, y como portavoz de ideologías de clase, y no como productor de ideología.

Esta metodología es útil y ha mostrado sus limitaciones, que han de someterse a revisión metodológica. Es útil porque permite historizar la producción de literatura, y es limitativa porque coloca a la ideología como mera superestructura social. Por otra parte, plantea problemas de importancia social de los protocolos estudiados. Socialmente, siempre es más importante el texto de mayor consumo. Eduardo Gutiérrez, el folletinista, importa más que Lugones, el poeta de círculos minoritarios. La novela rosa, la letra de tango y el relato por entregas pesan más, socialmente, que la vanguardia de los años veinte.

Lo mismo ocurre con la periodización. Al suponer que una época histórica (en el caso, las presidencias de los radicales Yrigoyen y Alvear) tiene, necesariamente, una literatura que la identifica y se identifica en ella, que cumple un ciclo acorde con las fechas de «los grandes eventos» (la ley de sufragio universal y el golpe de Estado de 1930), se obliga a

homogeneizar el tiempo histórico como único y lineal, a la vez que recortar la producción en tramos que acotan dichas «fechas exteriores», lo cual puede no coincidir (no coincide, de hecho, casi nunca) con la conformación plural y de temporalidad variable, de la literatura. Efectivamente, la literatura tiene un desarrollo histórico en el cual intervienen cortes, retornos, repeticiones, etcétera: una discontinuidad divergente que no se adapta con precisión a las fechas del almanaque.

Hechas estas reservas, podemos presentar al lector una obra sugestiva, teniendo en cuenta la altura profesional del director y organizador de la tarea (asistido por Eva Tabakian) y la variedad de los colaboradores, que aportan, cada uno, su parcela convenientemente trabajada. Generalmente, se trata de estudios sobre escritores determinados, y el conjunto queda contenido entre un prólogo de Viñas, que define los caracteres de la época decidida, y un rápido apéndice con textos del momento en que se produce el golpe de Estado, el 6 de septiembre de 1930. Graciela Montaldo se ha encargado de dirigir este tomo y de abordar algunos capítulos (el joven Borges, las revistas de la izquierda).

También puede leerse como un capítulo ideal de una conjetural historia de la literatura argentina, el libro de Estela Canto *Borges a contraluz* (Espasa Calpe, Madrid, 1989, 286 páginas). El texto contiene varias zonas: una de rememoración personal, otra de examen de obras borgianas, una tercera de cartas de amor enviadas por Borges a la autora. A mediados de los cuarenta, Borges se enamoró de Estela Canto y una posible crónica de aquellos amores, hecha sin gazmoñería y sin truculencias sexuales, queda en estas páginas.

Algunos extremos que comenta Canto nos son conocidos o sospechados: que Borges vivía bajo el control de su madre, a la cual llamaba constantemente por teléfono para hacerle saber su situación, sus actividades, su compañía; que tenía cierta fobia a todo lo corporal, sobremanera a lo sexual; que su vida amorosa iba al encuentro de la privación y la desdicha.

Canto explica sus contactos personales y profesionales con Borges (bastante distanciados unos de otros) y el proceso de intervención de un psiquiatra, que razona la timidez sexual de Borges, su horror al coito, a partir de una escena de la adolescencia, durante la cual su padre, para obligarlo a iniciarse sexualmente y superar su timidez y su posible homosexualidad, lo hace acostar con una prostituta que ha sido su amante. Borges queda sometido a un secreto dictamen paterno de ineficacia, que lo retrae de por vida ante todo posible acto sexual. Sus intentos de matrimonio han sido maneras de compensar la culpa que ambos elementos le producían: la impotencia y la devaluación paterna. Es el antepasado borgiano, que castra al descendiente, privándolo de su brío guerrero, su escritura, su capacidad de engendrar, la vida y la muerte que faltarán siempre a la «vida» de Borges.

Puede el lector preguntarse acerca de la utilidad de textos como éste, en el sentido de aportar elementos de juicio sobre una literatura que es, en definitiva, lo único relevante en la vida de Borges. Si éste no fuera el autor de sus libros ¿qué importancia tendrían sus problemas sexuales y psicológicos? Y, siéndolo ¿qué importancia tienen? Lo mejor de esta clase de textos reside en observar cómo un gran escritor eleva a la calidad de mito, es decir de historia contada y recontada por todos, sus circunstancias personales, su contingencia, la vanidad cotidiana de una vida entre otras vidas.

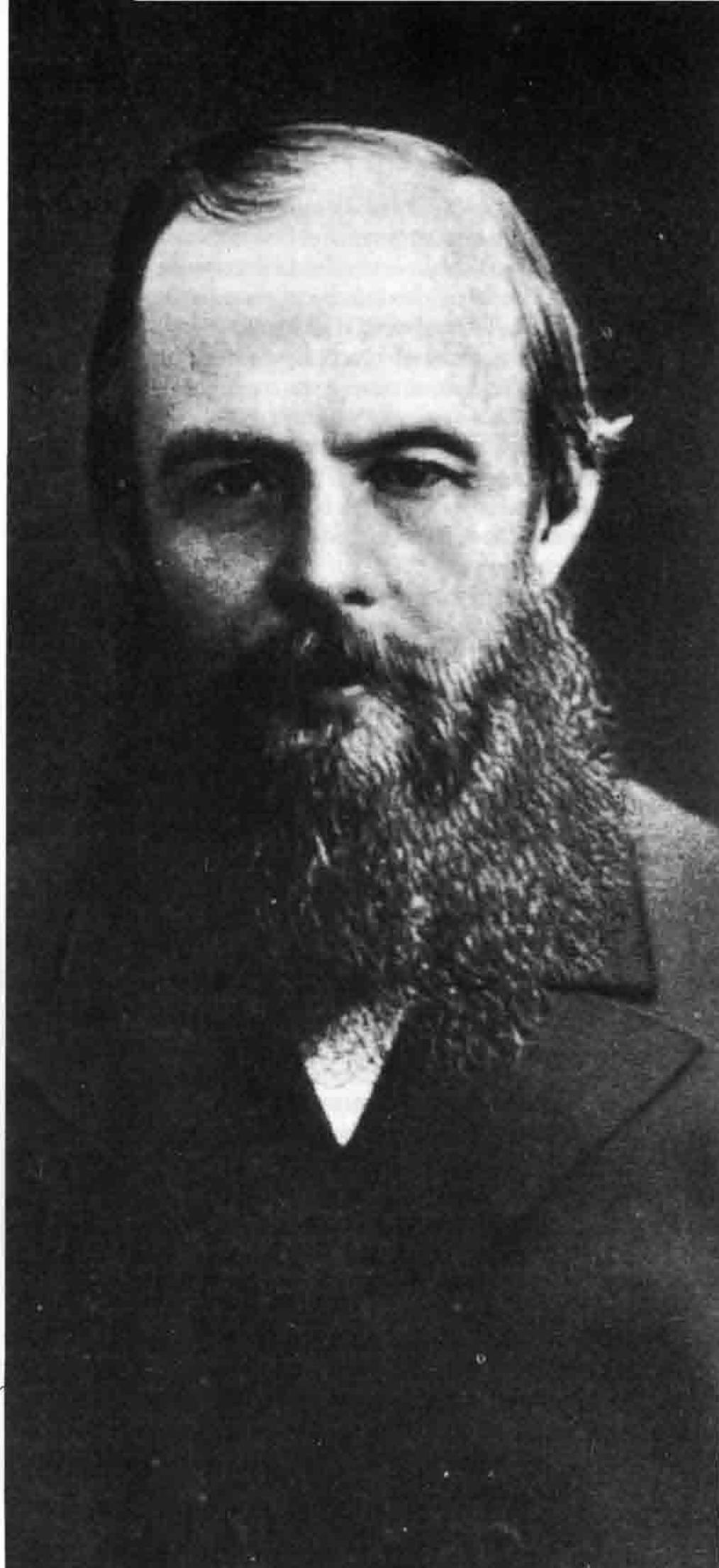
La nostalgia de Borges por la vida no vivida (una casa, una mujer, unos niños, la vuelta cotidiana al hogar, la comida familiar) se traduce en la nostalgia universal por todas las vidas no vividas, por el ansia humana de totalidad. La descorporización como base de la cultura, la identificación del alma con lo fantasmal y lo escrito, la producción de un cuerpo de palabras, deviene toda una poética. Hasta la erótica misma de Borges, la devoción por la amada lejana o muerta, es una variante del amor cortés y del romántico, cuya condición de existencia es el ser amado como ausente, aunque su cuerpo esté al alcance de la mano. Estela Canto es eso: una estela, una huella efímera en el agua, y un canto, un perfil y algo que canta en los versos del enamorado Borges. Él la ve siempre de costado o de espaldas, como pasando hacia la lejanía. Y la mujer lo evoca como una ausencia en su vida, una vida no vivida, el amado lejano. Tal vez, sin deliberarlo, Estela Canto se muestra como una invención de Borges, parecida a la de ciertas páginas de *El retrato y la imagen* o *El muro de mármol*.

Tomás Eloy Martínez se ocupa de otro argentino célebre e inabordable en *La novela de Perón* (Alianza, Madrid, 1989, 324 páginas). Difícil empeño el suyo. Borges ha dejado unos textos que pueden invadirse, que el lector puede intentar dominar, aunque la última palabra de la palabra sea siempre inasequible.

Perón, por el contrario, es un personaje con muchos callejones sin salida y penumbras personales, distancias histriónicas y falta de intimidad, todo lo que puede incitar a un novelista y decepcionar a un biógrafo. Como tantos argentinos decisivos, Perón tiene orígenes oscuros y borrosos, una vida institucional donde el sujeto se pierde (en su caso, el ejército) y un entorno donde las pasiones tiñen tanto la admiración como el aborrecimiento.

Martínez compone un texto en clave de bricolage, donde hay de todo: datos puntuales, reconstrucciones periodísticas de grandes sucesos reconocibles (la matanza de Ezeiza, la muerte de Aramburu, el 17 de octubre de 1945), unas supuestas memorias de Perón, rachas novelísticas (Perón, malrauxiano, estado puro de conciencia, siempre dice lo que ha de decir), hasta la intervención de TEM como personaje. El resultado es una rapsodia sombría sobre el destino del país sureño, movido por fuerzas oscuras que aparecen en la superficie como opulentos verdugos de la historia. Y así volvemos al comienzo de nuestras divagaciones sobre la identidad argentina: una sociedad que, en lugar de aglutinarse y articularse, elige sin saberlo, la dispersión, sujeta, malamente, por la mediación de los grandes caudillos y los profesionales de la violencia. *La novela de Perón* es una complicada y, al tiempo fragmentaria, historia de verdugos. Por lo mismo, también de víctimas. En el medio, sujeto del desconcierto, el narrador y Perón, ambos intentando vanamente agavillar el torrente de la historia, que se les escapa de las manos y los arrastra en su creciente.

Blas Matamoro



Dostoyevski